

# LA BALADA DEL ANAYET

POR JUAN MARIA ORBEGOZO

Iba a salir. Pero la dulce caricia de una suave brisa detuvo mis pasos en el umbral de la puerta, haciendo resurgir a la vez en mi memoria, todo un silencioso y ya dormido mundo. La montaña.

Todas mis aventuras a través de las delicias de sus entrañas, se habían estabilizado en un éxtasis de olvidos, dando origen a la callada situación que me envolvía. Sin embargo, y animado por la racha de aire que abrió mi ventana y penetró en la alcoba, acariciando mi rostro, me dispuse a llenar mi vaciedad, a iluminar de nuevo en profundos recuerdos el fantástico mundo de las alturas.

Os lo contaré en voz baja, y en la lírica tranquilidad de este atardecer. Escuchad.

Ambiente de inquietud y animación en la capital donostiarra, dada la cercanía de la festividad de su santo patrono: San Sebastián.

Suelen decir: «cada loco con su tema», lo que me queda claramente demostrado, pues si bien el objetivo, la finalidad, de todo aquel ir y venir era único: pasar lo mejor posible el día en que la ciudad se vestiría de gala, no lo eran así los caminos que a él aflúan. Y así tenemos desde los que preparan su fuente de delicias con un gran «banquetazo», hasta los que encuentran su séptimo cielo soñando con el Mont-Blanc, pasando por una extensión gama que se contenta con aumentar el culto rendido a Morfeo.

Pero vayamos con nuestro tema, que también nosotros tenemos el nuestro, aunque no por eso quiero tildar a nadie de loco.

En la mente de todos el nombre de ANAYETTE figura en un primer término, y esto hace que las reuniones se sucedan y se multipliquen los detalles en la fase final de los preparativos para nuestra marcha.

Nuestro objetivo es con sus 2.640 mtrs. una de las principales cumbres del Pirineo Aragonés, aunque soy de la opinión de que su importancia se debe más a las extensas y dilatadas vistas que ofrece su cima, que a la dificultad que pudiera encerrar el ascenso a la misma. Tiene en el pueblecito de Canfranc y en la estación invernal de Candanchú las dos fuentes principales de mayor acceso, estando situado claramente al Este de esta última, con ligera tendencia Sur.

Por aquello de «...lo que sea ya sonará», a nosotros nos llega el día y la hora de la partida, y así el 18 de Enero abandonamos San Sebastián, siendo las

16,45 de la tarde cuando los autobuses comienzan a deslizarse sobre el asfalto de la carretera, en una larga travesía.

Dejamos Donosti con cierta pena y con buen tiempo, haciendo la continuidad de este último a lo largo de todo el trayecto, que la primera se fuera disipando, dando con ello paso en toda su nitidez a la ecuación del día:

#### CANDANCHU x S. E. = ANAYETTE

Del largo desplazamiento que verificamos no diré nada por carecer de interés, salvo corta parada en Pamplona para la merienda (18,30 a 19,30), y que una vez rebasado Jaca son las 11 de la noche cuando alcanzamos las primeras alineaciones de casas de Arañones.

A nuestra llegada la gente se divide; unos que se quedan en Canfranc porque dicen que arriba está todo lleno, y otros, que con nosotros, siguen la marcha de los autobuses (2) que se dirigen a Candanchú. Sin embargo el grupo de siete que componíamos la expedición al Anayette dejamos las ruedas poco antes de Rioseta, para a las 12 de la noche internarnos ya por la Canal Roya, en un lento y oscuro caminar.

Nieva fuertemente, lo que da una tonalidad de pesimismo a la marcha que comenzamos por considerar que ponía en peligro el estado de la nieve, y por lo tanto el número de probabilidades hacia el éxito de la expedición.

La marcha dura poco tiempo. A unos 15 minutos nuestras linternas enfocan una casona hacia la que nos dirigimos, aceptando sin pestañear la hospitalidad que nos ofrece, tan valiosa en aquellos momentos de oscuridad y nieve, y lugares de frío y soledad.

Nieva intensamente. Por ello no tardamos en cruzar el umbral de su puerta, anidando felizmente en el nuevo hotel.

Las perfectas condiciones de alojamiento en las que se encuentra, nos permite, después de cenar caliente, dormir de «un tirón» hasta el día siguiente sobre nuestros «mullidos» colchones, de tal forma que ninguno da sensación de vida a las 5, hora fijada de común acuerdo para «desprezarse».

Finalmente nos levantamos hacia las 7, para desayunar y emprender la marcha por La Canal a las 8,30. Llevamos todos nuestros enseres con nosotros, de forma que aun haciendo el ascenso más costoso, poder estar al tanto de cualquier *contratiempo*.

Después de una marcha contra-corriente, siguiendo el curso del riachuelo, a las 10 llegamos a una txabola de cemento armado, ya prevista en el mapa, al rato de atravesar un puentecito sobre las cristalinas aguas del torrente, que cambia de margen nuestra marcha.

El ascenso, que hasta aquí ha sido casi nulo, comienza ahora a hacerse notar, al igual que la nieve, que exige en estos momentos el uso de crampones.

En contra de nuestros presagios de la noche anterior sobre el sol que alumbraría y el estado de la nieve, ésta se muestra en excelentes condiciones, aunque hay ratos que flaquea, y en cuanto al tiempo no pudo ser mejor. El sol y la brisa, junto con la nitidez, belleza y extensión de los paisajes forman un conglomerado del que difícilmente se puede dar una idea exacta, si no es recorriendo al país de las «Mil y una noches».

## PYRENAICA

Nuestra intención es hacer la conquista en el día, y así nuestro ascenso sigue discurriendo sin novedad por las empinadas laderas, dejando atrás los negros picos de Las Menorias, y la blanca cumbre de La Raca a la izquierda.

A las 2,30, sin fijar un lugar determinado, efectuamos una parada, pues es preciso restablecer fuerzas, y ver en el mapa el punto exacto que ocupamos, o dicho de otra forma valorar en minutos lo que aún resta de éste a la cima.

A las 3, con nuevos ánimos y con el lema de «Ya falta menos» en el corazón, se renueva la marcha, y con ella el duro, aunque, ¿por qué no? bello ascenso, por las niveas laderas. Un dilatado horizonte se abre ante nosotros, y su nitidez da a nuestros pasos mayor seguridad, y a nuestros corazones un hábito de esperanza en la victoria.

Finalmente a las 4 de la tarde, el primero de los expedicionarios detiene su marcha, e invitando a los demás a hacer lo propio, estudia el terreno, horarios, material disponible, posibilidades de ascenso y descenso, y cuál ha sido la causa de nuestro error.

Nos encontramos bajo la cara norte del Anayette, frente al circo que da origen y del que desciende La Canal Roya, y el ascenso a la cima presenta ahora seria dificultad por tener que vencer un considerable desnivel con 55° de inclinación, con no el único, pero sí más seguro paso de una estrecha chimenea, cuando sólo nos quedan dos horas de sol.

*Componentes de la expedición al Annayatte (2.540 mtrs.)*

*Al fondo: Leserûe, Pie d'Axpe y Petit pie d'Axpe.*

*(Foto Orbeozo)*



Sometida nuestra situación al grueso de los expedicionarios, de la decisión a tomar resulta división de opiniones. Unos que consideran todavía posible el ascenso en el día, otros que deciden regresar al caserón y comenzar de nuevo la ascensión al día siguiente, y finalmente los que se inclinan por el «vivac» sobre la pared, para a primera hora de la mañana culminar nuestro intento.

Tras alguna discusión la expedición rompe su unidad a las 4,30, cuando cuatro de nuestros compañeros inician el descenso con una promesa de regreso al día siguiente en los labios.

Después de ésto, nuestro ascenso por la empinada pared dura hasta las 5,30, hora en que nos decidimos a establecer nuestro campamento a resguardo de una roca. Con los piolets primero, y a fuerza luego de presionar la nieve desplazada, hacemos una especie de terraza en la que nos instalamos, dispuestos a hacerle la competencia a Butano S. A., por la falta de calefacción. Para colmo se nos agota éste, que tenía que alimentar la cocinilla, lo que reduce a poco más que nuestros recursos naturales, nuestra defensa ante la baja temperatura.

Yo creo que de no tener enfrente la inmensa mole del Midi d'Ossau, y arriba la Osa Mayor con su refulgente estrella Polar, no sé lo que hubiera pasado, por ser ambas circunstancias, en estos momentos, afeccionadoras, ya que en nuestro amor propio quisimos igualar su grandeza.

Atardece lentamente, solemnemente. Sin quererlo mi pensamiento se traslada en un rápido vuelo a San Sebastián: mi madre, mis amigos, mis compañeros de aventuras... Hora del recuerdo, de la intimidad.

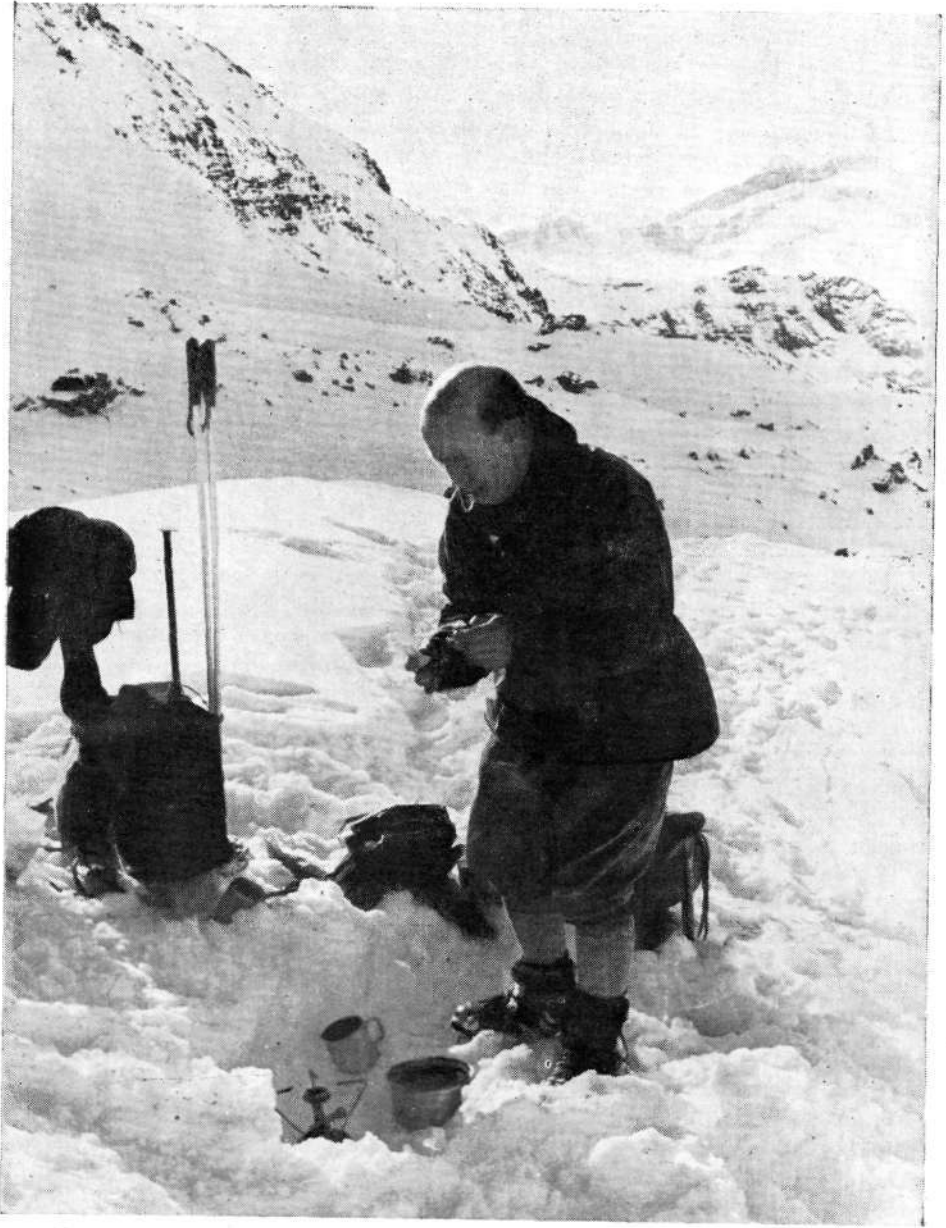
En estos momentos en que esto escribo, en que vuelvo a vivir en todo su lirismo la profundidad de aquellos instantes, detengo mi pluma un minuto honrando la memoria del que en vida fue gran joven, excelente compañero, mejor amigo, y amante de la montaña: Javier Ardanaz, muerto a los 23 años de edad, a consecuencia de un alud desprendido de la cara norte del Anayette, al intentar su ascensión por Peña Negra.

Todavía no me llego a explicar cómo la pared que veló nuestro sueño, la montaña que tanta belleza nos había ofrecido, pudo en unos segundos sesgar una vida en flor, sembrar el llanto y el luto entre la gran familia montañera navarra, y dejar un profundo pesar en todos los que le conocíamos y sabíamos de su valer tanto en la montaña como en la sociedad.

Siguiendo con mi narración, poco después, cuando las sombras de la noche borran los contornos de las cumbres pirenaicas que nos rodean, de los árboles, del cauce del río... entonces se comentan las incidencias del día, se entonan las bellas canciones de la noche, se escucha la palabra reposada del compañero, las advertencias del jefe...

Finalmente y tras dar las buenas noches a Dios y a la Virgen, a las 7 todo queda en silencio, lo que unido a la soledad absoluta que nos rodea, a la altura que gozamos (2.000 mtrs.) y a la claridad de la noche, hacen de nuestra pequeña terraza un magnífico observatorio astronómico y meteorológico. Ésto queda comprobado con la tremenda helada que cae esa noche, y de la que nos previene el cielo despejado de las primeras sombras.

A pesar de contar con todo nuestro equipo, contra los 15° que reinan en aquellos parajes, todo es poco, por lo que la noche, más larga en esta época del año, se hace eterna para nosotros con este motivo.



*Reponiendo fuerzas.*

*(Foto Orbegozo)*

De todas formas el contemplar a las 7 de la mañana el amanecer, eriona nuestro ánimo, y así mientras el sol emerge de las alturas de Piedrafita, dotando a sus blancas cumbres de una polícroma variedad de colores, el campamento se va levantando, para dejarlo finalmente a las 8.45.

El ascenso por el «couloir», que ya nos espera con los brazos abiertos, se realiza encordados, dando culto a la prudencia. Al rebasar éste topamos con un collado, y en él con nuestros compañeros, que ya nos estaban esperando, después de ascender por la vía normal, más madrugadores que nosotros.

De esta forma, juntos, continuamos a las 10 pequeña marcha hacia la cumbre del Anayette, en cuya base es necesario encordarse de nuevo, para rebasar el casco en que termina. Esta cordada, sin embargo, al igual que la anterior, no tiene más finalidad que la de dar a cada uno mayor seguridad en la empresa, sin que el éxito de la misma requiera necesariamente su uso.

Por fin a la 1 alcanzamos la cima del deseado Anayette, y en ella permanecemos un buen rato, gozando de las vistas tan extensas y tan formidables que nos ofrece. Desde las álbeas alturas del Principado de Andorra, hasta el pedregoso y duro Anie navarro; así como desde el ingente Balaitous, Pallars, Arriel y Midi hasta el elevado Moncayo, que apareció como rey absoluto de la llanura aragonesa.

El libro de memorias que guarda en su cumbre la montaña, nos trae el recuerdo de los llorados compañeros: Rabada y Navarro, que habían logrado una de sus últimas victorias en la pared norte de la misma. Dedicamos breve silencio a honrar la memoria de los valerosos, infortunados y siempre queridos montañeros, para volver sobre el paisaje, que parece cobrar cada vez mayor interés y vistosidad.

La idea de que los autobuses salen a las 5, corta nuestro «film» de panorámicas, comenzando el descenso a la 1.30, después de dejar nuestro recuerdo en el libro y de fijar Peña Collarada, entre todas las cumbres que nos rodean, como meta próxima a conseguir.

La escasez de tiempo nos obliga a un descenso acelerado, por lo que no puedo decir gran cosa de él, salvo que se realiza por el itinerario normal, marcado por nuestros compañeros en su segundo ascenso, y que debía haber partido en nuestro primer intento del puente que, cruzando sobre las aguas de La Canal Roya, cambia de margen nuestra marcha.

En un descenso en el que el «acelerador» es pisado a tope, a las tres alcanzamos ese punto clave del recorrido, siendo necesaria una pequeña parada para volver de nuevo a entrar en acción.

Junto al murmullo de las aguas de La Canal Roya y bajo la sombra de los pinos de la ladera de La Raca, sin olvidar los rayos acariciadores del sol y la alegría que proporciona la victoria, la marcha hacia el caserón es un paseo alegre y lleno de optimismo.

A las 3.30 alcanzamos éste felizmente, y en su interior, que nos recibe con afabilidad, preparamos una frugal, porque rápida, comida. Finalizada ésta, nuestro «vivac» constituye el tema de sobremesa, si es que hubo ésta, pues todavía había que arreglar y poner todo en orden, tanto en nuestras cosas personales como en lo que se refiere al caserón, que tan buen servicio nos prestó.



*Desde el Puente de «El Ruso», las Maulletas vigilan la entrada a la Canal Roya.*

*(Foto Orbegozo)*

Dejamos éste a las 4,45 para salir a la carretera, y controlar detenidamente el paso de los autobuses. A las 5 llega el nuestro, en el que montamos, efectuando feliz viaje a Donosti, con parada en Pamplona, aun cuando en mi imaginación se realizará nueva ascensión hacia el tan deseado pico de Anayette.

Habrás observado a través de mi narración, que en algunos puntos de la misma doy excesiva importancia a la conquista realizada, a la conquista de un pico sin mayor dificultad que la común a todas las cumbres que sobrepasan los 2.000 metros en estos meses de invierno: frío, dureza en la aproximación, necesidad de constancia y tenacidad en la lucha, y un «sí es» «no es» hasta que hollas la cima.

También te habrá llamado la atención el femenino con que cito su nombre (femenino francés), cuando por regla general se le conoce por Anayet.

Trataré de relacionar estas dos novedades, imprimiéndoles toda la fuerza de mi pobre lógica, y de mi joven y fogoso corazón.

¿Has pensado alguna vez en el significado que esconde la palabra que determina el nombre de tu tan deseada cima: ANAYETTE?

Comencemos por la base, que como buen euzkalduna sitúa en el corazón de Euzklaerria. Dentro de su idioma: el euzkera, tenemos anaia = que viene a significar el compañero o la compañera. Así pues, sin más miramientos, con-

sidero a Anayet como una degeneración de nuestra lengua, que puesto a traducir literalmente diría: la cumbre de los compañeros o los compañeros de la montaña.

Considerando estos puntos, el nombre de Javier Ardanaz vuelve de nuevo a mi mente con toda su fuerza, confirmando el primero de ellos. Sí. La elevada cima de la montaña será siempre para nosotros, sus compañeros de ideales, el constante testimonio de su recuerdo.

Siguiendo con las consideraciones, creo que con el último de los calificativos citados anteriormente, se nos puede considerar a los siete que computamos la expedición, y que hemos protagonizado de forma anónima este relato.

El femenino se lo agrego yo, para darle, a mi parecer, un mayor sentido a la vez que para llenar un vacío todavía latente en mi corazón. Así Anayette le doy como equivalente = tu compañera la montaña.

Bajo este significado, la montaña aparece como la reina total de mi corazón, en cuyas laderas se vierte todo el fuego de mi amor, y de donde recibo siempre las más dulces, suaves y tiernas de las sonrisas. De ahí la importancia que doy a su conquista.

Y finalmente una última aclaración, para terminar idílicamente este relato. Observa cómo el reinado que la montaña ejerce actualmente sobre mi corazón, no es reinado propiamente, sino una regencia, que habrá de derogar tarde o temprano, en cuanto «ella», la verdadera compañera, llegue.

Que la Virgen de las Nieves y San Bernardo hagan a ésta: pura como la nieve, fuerte como el colosal Midi, piadosa como noche estrellada, alegre cual cielo despejado, amable y cariñosa como un amanecer, limpia como las cristalinas aguas de La Canal Roya, de altos ideales... Peña Collarada, femenina...

ANAYETTE